



Adela Elizabeth Campano Contreras
Comunicadora
Universidad Católica de Santa María - Arequipa
Maestría en gestión pública Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas
PERÚ



LIMAQ, EL RÍO QUE AÚN INTENTA HACERSE ESCUCHAR

Cuentan los antiguos que hay ríos que hablan, no con palabras, sino con el estruendo de sus aguas, el eco entre las montañas y la memoria de los pueblos que crecieron a su lado.

Esas historias, transmitidas de generación en generación, cuentan que hubo un río cuya voz era tan poderosa que terminó dándole nombre a una ciudad. Los incas lo llamaron Limaq, “el que habla”. Hoy lo conocemos como el río Rímac, un cuerpo de agua que nace en la cordillera de los Andes, en las alturas de Ticlio, y recorre casi 140 kilómetros hasta llegar al mar.

En su recorrido atraviesa montañas y ciudades, alimenta cultivos y lleva agua a más de once millones de personas. En la vida cotidiana, el Rímac está presente en el agua con la que cocinamos, nos bañamos o regamos una planta. Nos da vida, pero también refleja el trato que le damos.

Al acercarse a la ciudad, su paisaje cambia: arrastra bolsas, botellas, desmonte y otros residuos. Recibe vertimientos que nunca debieron llegar a sus aguas. Contaminarlo no solo ensucia el río, también afecta a la vegetación, a los animales, a los agricultores y a las familias que viven cerca de su cauce. Una bolsa arrojada en la calle o en una quebrada puede terminar viajando por el río.

Aun así, el Rímac resiste. En época de lluvias crece, ruge y vuelve a mostrarnos su fuerza. Pero en los meses secos, cuando su caudal disminuye, quedan al descubierto sus heridas: basura acumulada, riberas ocupadas y espacios donde la naturaleza lucha por sobrevivir.

Y las cifras nos muestran cuánto lo hemos lastimado: en el año 2025 se identificaron 424 fuentes contaminantes en el río Rímac: 282 corresponden a aguas residuales, 136 a residuos sólidos y 6 a sustancias dispuestas directamente en el lugar. Lima concentra cerca del 60 %, Huarochirí el 36 % y el Callao el 4 %. Son números que parecen fríos, pero detrás de cada uno hay una herida más en nuestro río hablador.

A pesar de todo, aún podemos cambiar esta historia. Recuperar el Rímac no significa únicamente limpiar sus orillas; también implica evitar que la contaminación siga llegando, proteger su cauce, respetar sus espacios y permitir que la vida regrese a su alrededor.

Enseñar a nuestros niños que un río no es un basurero, sino una fuente de vida, también forma parte del cambio. Podríamos empezar hoy: evitando arrojar basura, usando menos plástico y cuidando el agua. Parecen pequeños gestos, pero para un río que ha cargado con tantos desechos, pueden significar mucho.

El Limaq todavía susurra; su voz sigue allí, entre el sonido del agua, las piedras que arrastra y las historias que ha visto pasar. Solo tenemos que volver a escucharlo. Quizá entonces, algún día, su voz deje de ser un grito de dolor y vuelva a convertirse en el canto de un río vivo.

Cambemos este capítulo para que nuestro río hablador pueda contar una historia diferente.